

que piensa el próximo paso, el mañana; pero no el pasado mañana y menos el remoto futuro.

Esta definición del hombre de acción, de donde resulta que no lo era Oliverio Cromwell, tan preocupado del fin último (*ultimate goal*) y hasta del destino humano de ultratumba, nos recordó al punto lo que otro pensador de la historia, Alberto Sorel, en la Cuarta Parte de su ya clásica obra *Europa y la Revolución Francesa*, nos dice (libro I, cap. I, § II) de Catalina II de Rusia, la varonil — mejor hombruna — zarina, y es que a sus sesenta y tantos años piensa en la muerte, y añade Sorel: «El más allá de la vida, más terrible todavía a los políticos que han vivido de la gloria, no han contado más que con la fuerza y tiemblan entre una nada en que su orgullo se abisma y una justicia eterna ante la cual no cuenta su fuerza». Y recordamos también lo que el mismo Sorel nos dice de Robespierre: «Un hipocondríaco obsesionado por alucinaciones de la muerte».

¿Será hombre de acción, como da a entender Mr. Bailey, el que sólo piensa en el próximo paso y no en el último? ¿Qué es eso de hombre de acción? ¿Habrá que oponerle no ya al hombre de pasión, sino al filósofo? Y el filósofo, ¿no es el hombre de la pasión crítica?

El filósofo por excelencia, el que parece que inventó el término de filósofo, amante del saber, evitando el de sabio, fué Sócrates, el maestro de la ironía y de la crítica. La pasión de Sócrates, es decir, su proceso ante el tribunal, su condena, su muerte, esa pasión que tantas veces se ha comparado a la Pasión y Muerte de Jesús, el Cristo, ¿no fué acción? Drama quiere decir acción, dramático activo, y no hay drama como el de la Pasión del Cristo. ¿Y quién negará acción al final de la vida y muerte de Sócrates tal como se nos narra en el final del *Fedón*, el más dramático, el más activo de los diálogos platónicos? Lo que no es este final es ni sensacional ni cinematográfico. Y de haber habido fotografía en la Atenas de fin del siglo IV antes de Cristo, no creemos que Sócrates y sus compañeros de escena, Cebes, Critón, Simias, Apolodoro, Hermógenes y Esquines y los otros se hubieran prestado a *posar* un momento, con o sin magnesio, delante del objetivo. Como veinte siglos y medio más tarde no se habría prestado Oliverio Cromwell, si hubiese estado ya en función el *kodak*, a que el 20 de Abril de 1653 le hubiesen sacado una instantánea cuando decía al Parlamento: «No sois Parlamento; digo que no sois Parlamento. Algunos de vosotros son borrachos; otros vivís en franco desprecio de los Mandamientos de

Dios...» Y acabó con aquellas memorables palabras: «¡En el nombre de Dios, largo de aquí!» ¡En el nombre de Dios! Este hombre... ¿de acción?, este hombre de pasión se había preguntado muchas veces cuál es el fin último y cuál la naturaleza —, y la sobrenaturaleza —, que le rodeaba. Y este hombre que hablaba en el nombre de Dios no era un fetichista, ni menos un político a lo Enrique IV de Francia, el bearnés, el Borbón, que decía que París bien valía una misa. No. Cromwell no puso la Biblia sobre su cabeza para llegar a ser Protector de su patria, sino que llegó a serlo porque la había puesto. Las misas de Enrique IV son para los hombres de negocios que no piensan más que en el próximo paso que han de dar. Y a la vez en la gloria. O mejor en el renombre.

¿Qué gloria y renombre no son lo mismo? Sin duda. Peso hay aquello de aquel opositor a escuelas de primera enseñanza que interpretando lo del Catecismo de que Dios hizo el mundo para su gloria, dijo que lo había creado para hacerse célebre. Y es extraño que no dijo que para darse

importancia. O para que hablaran los periódicos de él.

Cuando trabajaba para mi novela histórica *Paz en la guerra*, recuerdo lo que me impresionó aquello de Prim —y lo repitió— de que había que «destruir en medio del estruendo los obstáculos». Lo dijo —mejor: lo escribió—segunda vez en su proclama del 18 de setiembre de 1868. ¡Estruendoso hombre de acción—y de pasión—aquel Prim! ¡Meter ruido! ¡Meter ruido! ¡Fem du brut!, que decían los tarascosenses. La acción para Prim tenía que ser estruendosa. La pasión puede ser silenciosa.

Y para acabar este errabundo y zigzagante comentario crítico sobre la acción y la pasión, y el estruendo y el silencio, y sobre la cromwellada y la de Prim, recordemos los dos versos de Salvador Díaz Mirón, el poeta mexicano:

Era como el silencio de una estrella  
por encima del ruido de una ola.

Poned por silencio, pasión, y por  
ruido, acción.

(Nuevo Mundo, Madrid).

## La Doctrina de Monroe

LA Doctrina Monroe, formulada el 2 de diciembre de 1823, ha cumplido un siglo, y en los Estados Unidos se conmemora pomposamente ese primer centenario. ¿Hay persona ilustrada que ignore en qué consistió ella? Seguramente no — en América — y mencionarla es suficiente para que todos sepan de qué se trata.

Contribuyó ella grandemente, y es su mayor gloria, a consolidar la independencia de las colonias americanas que, de Méjico a Magallanes, rompieron los lazos que las ataban a poderes ultramarinos. Hace un siglo precisamente, los poderes reaccionarios firmaron la Santa Alianza de los Reyes, y quisieron acabar con los sistemas de gobiernos representativos e imponer de nuevo a los pueblos los yugos que habían sacudido. La primera voz que contra tal pretensión se levantara, la precursora de la Doctrina Monroe en su recto sentido, fué la de Inglaterra, cuando en agosto de 1823 Jorge Canning, como Secretario de Relaciones Exteriores, propuso al Ministro de los Estados Unidos en Londres una declaración conjunta en que se manifestara que—siendo ya un hecho la emancipación de las colonias españolas en América—los Estados Unidos e Inglaterra, que no aspiraban a adueñarse de porción alguna de esos terri-

torios, no podrían tampoco ver con indiferencia que otro poder extranjero quisiera hacerlo, tratárase o no de una recuperación. El Presidente Monroe, con la colaboración de John Quincy Adams, acogió tres meses más tarde esa idea, la reforzó y amplió y la extendió a todo proyecto de colonización de tierra americana por gobiernos europeos.

¿Prestó servicios a la América libre esta doctrina? Claro es que sí. Ella desalentó a los poderes reaccionarios; desvió hacia otras latitudes los impulsos imperialistas de las grandes potencias, que no dejaron casi un palmo de tierra libre en otros continentes, y adquirieron enormes colonias a costa de la independencia de pueblos atrasados. América conservó su personalidad, se puso totalmente al abrigo de las potencias del viejo mundo, pero por una extraña y reveladora ironía, en ella el brutal derecho de conquista lo ejercieron sólo los Estados Unidos, por la fuerza con Méjico después de una guerra de resultados seguros; por las artes de la intriga en Panamá en 1903; por la intervención directa en Santo Domingo y Haití, con carácter provisional y con el pretexto de asegurar allí el buen gobierno...

¿Qué es hoy la Doctrina Monroe? Una doctrina internacional del Conti-